

“Si las izquierdas tienen posibilidad de reconstruirse en América Latina, tienen que incorporar dos elementos claves: la crítica socioecológica y la crítica al patriarcado”.

Entrevista a Maristella Svampa¹

*Por Ana Belén Castro, Leonardo Rossi, Juan Pablo Alzate,
Noelia Cisterna, Mariela Pistarelli y Horacio Machado Araoz²*

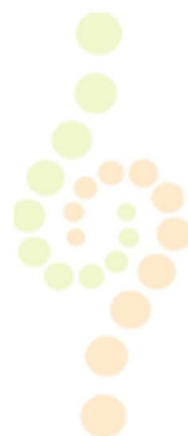
¿Cómo estás viendo la coyuntura política de la región?

Maristella Svampa: Es un momento complicado para hacer una caracterización general de la región. Cuando uno mira el Ciclo Progresista hay rasgos comunes que permiten hacer una caracterización en base a ciertos núcleos que están presentes en diferentes gobiernos, es decir que había un clima de época. Hoy hay tendencias que marcan un giro hacia la derecha, visible con lo que ocurrió con Dilma Rousseff en 2015 con el golpe de Estado Parlamentario; lo que sucedió en una línea de continuidad democrática en la Argentina, porque el macrismo como nueva derecha llegó al poder de la mano de las urnas; o lo que puede suceder nuevamente con Brasil, si Bolsonaro gana ahora las elecciones; la derechización del proceso venezolano; el arribo de Trump al poder son cosas que hay que tener en cuenta. A nivel internacional también cambió el escenario, hoy muy marcado por la xenofobia y por lo que algunos dicen ‘gobiernos populistas de derecha’. Hoy, en el escenario latinoamericano tenemos un giro conservador, de derecha, neoliberal, pero políticamente muy fragmentado, donde coexisten gobiernos progresistas como el de Evo Morales, donde hay una crisis fabulosa de otros gobiernos progresistas como el de Venezuela y una deriva claramente dictatorial como el caso de Nicaragua, donde hubo mutaciones del progresismo muy impactantes como la de Ecuador y giros hacia la derecha abiertos como Argentina y Brasil. Este paisaje de mayor fragmentación no permite aún hablar de un clima de época, es muy temprano para hacerlo.

Lo que es claro es que el clima que se había gestado al calor del progresismo ya no está más. Ese lenguaje común o lingua franca que estaba articulado en torno a cuatro elementos: por un lado, el cuestionamiento al neoliberalismo; por otro lado, la promoción de políticas económicas heterodoxas; en tercer lugar, el aumento del gasto social en función de la incorporación de sectores vulnerables, sobre todo a través de un modelo de consumo; y en cuarto lugar, la promoción de un espacio regional latinoamericano en clave antimperialista. Esos cuatro elementos caracterizaron el ciclo progresista. Eso ya no está más; y es lo que hay que analizar. ¿Qué ha sucedido para que, en definitiva, haya un declive de esa lengua común? ¿Y qué sucedió para que en un escenario latinoamericano

¹ Maristella Svampa es socióloga, escritora e investigadora. Licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba y Doctora en Sociología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHES) de París. Es investigadora Principal del Conicet y Profesora Titular de la Universidad Nacional de La Plata.

² Integrantes del Equipo de Investigación de Ecología Política del Sur. Centro de Investigación y Transferencia Catamarca CITCA-CONICET y Programa de Doctorado en Ciencias Humanas, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca. E-Mail de contacto de Horacio Machado Araoz: lachomachadoa@gmail.com



como éste haya poblaciones que voten candidatos de derecha y de extrema derecha? Lo que sucede con Bolsonaro hoy nos interroga claramente sobre qué pasó con los progresismos.

Por otro lado, si uno analiza el ciclo progresista en términos retrospectivos, tiene que hacer una lectura histórica y dar cuenta de la dinámica y sus temporalidades. No es lo mismo el ciclo progresista en el inicio, 2003 - 2008, cuando todavía estos gobiernos --entre ellos los que atravesaron procesos constituyentes y generaban una alta expectativa política-- eran considerados como gobiernos de izquierda, pos-neoliberales, con la etapa que se abre a partir de 2010, en la que estos gobiernos empiezan a ser caracterizados como populismos. En ese tránsito, entre la caracterización inicial de una 'nueva izquierda' y el final, ya en términos de populismos latinoamericanos, algo se perdió. Y lo que se perdió es la expectativa emancipatoria que encarnaban los progresismos latinoamericanos, o al menos alguno de ellos, el sector bolivariano sobre todo.

Hay que hacer una lectura en términos históricos, y poner el acento en la asociación entre progresismos y populismos. Ahí hay, al menos, tres cosas para decir. La primera es que, en términos teóricos, podemos tener una discusión sobre los populismos, sobre todo dotar de espesor y complejidad a las experiencias populistas, en base a toda la tradición crítica que hay en el pensamiento latinoamericano. Podemos señalar que los populismos no son sólo una tradición política sino que reenvía a la existencia de regímenes políticos en América Latina del siglo XX, de los años 40 y 50. Que esos populismos además tuvieron a su cargo la integración de las mayorías excluidas. Es decir, fueron populismos progresistas, con sus limitaciones y sus déficits. Que generaron ya en esa época una gran incomodidad en los sectores de izquierda, porque efectivamente los populismos se caracterizan por una ambivalencia: por un lado, contienen elementos democráticos, de incorporación de mayorías sociales populares; y, por otro lado, contiene elementos autoritarios, que no tienen que ver solamente con la concentración de poder en el líder, con el proceso de fetichización del Estado y la asociación de éste con el líder, sino también con el cierre de canales de pluralismo.

En segundo lugar, creo que, en la caracterización optimista de los progresismos que hicimos en el inicio del siglo, nos olvidamos de esas experiencias de los años cincuenta, que fueron integradoras, es cierto, pero que desde la izquierda habían sido caracterizadas bajo la figura del pacto social. Y eso significa hacer acuerdos, tanto con los sectores populares, como con los grandes sectores económicos. Y en el marco de la expansión del neo-extractivismo, eso implicó que los populismos evidenciaran, sobre todo hacia el fin de ciclo, el pacto con el gran capital. Ese elemento es fundamental para entender la doble naturaleza de los populismos latinoamericanos.

En tercer lugar, esto abre paso a la dificultad para discutir la complejidad de los progresismos, la incomodidad que nos generan. Pues, ante los populismos, siempre es difícil posicionarse en un marco de polarización de la política, como la que se instala en el debate cotidiano y, sobre todo, en los grandes medios de comunicación. Cuando éstos dicen "populismo", lo entienden de una manera simple, contundente: lo asocian con el despilfarro, la corrupción y la demagogia; tienden a reducir los populismos a esa tríada. De todas maneras, la cuestión de los populismos que se instaló tardíamente tiene esa doble dimensión: una cosa es la discusión mediática y otra la tarea académica, que contó también con un elemento suplementario en nuestra época que es el aporte de Laclau. Lo que él hizo fue jugar en las dos escenas, en la teórica y en la política-mediática. Laclau resignificó los populismos positivamente, identificándolos con la democracia sin más. Y esta lectura que él hace, por el rol que tuvo en la legitimación de los populismos en sentido positivo, generó grandes rechazos. Digo esto porque Laclau salió en los grandes



medios a defender no sólo al kirchnerismo sino a otros gobiernos latinoamericanos, e instaló ahí una doble influencia. Su clara apología de los populismos y su falta de matices también generó esas vueltas de tuerca que implican rechazos e implican simplificación. En todo caso, se da vuelta la torta y genera o da lugar a una crítica puramente peyorativa, el puro denuesto de los populismos.

Para sintetizar, en el curso del ciclo progresista se cambió el eje de la discusión. Si al principio discutíamos en términos de izquierdas, a partir de 2010 empezamos a discutir en términos de populismos. Y ahí es difícil dar la pelea, es difícil resignificar positivamente los populismos. La gente de Podemos, en España, no se ha dado cuenta todavía de ello; tal vez eso tiene que ver con su acercamiento a algunas experiencias latinoamericanas. En América Latina claramente lo vimos instalado: el cierre del ciclo progresista se dio en clave de lectura peyorativa, crítica, de ‘esto no es izquierda, esto es populismo’. Para mí significaba una cosa, para ustedes probablemente también, en términos de complejidad y ambivalencia pero para la derecha política no, sólo significaba despilfarro, corrupción y demagogia.

EPS: La categoría que creaste, “consenso de los commodities”, tal vez da cuenta de esa inflexión. Puede que 2012 marca un proceso de declinación de cotización de las materias primas, una ralentización de ese boom de crecimiento, y ahí emergen dos cuestiones: una crisis de modelo de construcción política centrado en el Estado que capta una parte de la renta extractivista Y que genera un modelo de inclusión vía consumo; y por otro lado, cómo eso permitió una política de coalición de clase, de gobiernos alineados con el capital transnacional, y que hablaban de movilidad social ascendente, y donde la categoría lucha de clases estaba completamente borrada.

MS: Sí claro. Los populismos no hablan de lucha de clases, hablan de luchas populares en todo caso. En esa cadena de equivalencias que logran articular, como describe Laclau, hay elementos de conflictos que son evacuados o expulsados, como es el conflicto socio-ambiental. Ante la incapacidad de absorberlo, lo que hacen los populismos es expulsarlo. Pero me gustaría subrayar el hecho de que, en este ciclo histórico, hay diferentes momentos de la crítica, inflexiones. Creo que la primera crítica que se hace a los progresismos proviene de gente como nosotros, que hace la crítica al neo-extractivismo, en mi caso al “consenso de los commodities”. Las luchas eco-territoriales que surgen muestran una fractura clara. Sobre todo, en los primeros años, estos conflictos no tenían casi visibilidad; porque los gobiernos progresistas se instalaron en un marco de gran consenso y, gracias al boom de los commodities, lograron la implementación de planes sociales, vía captación de renta extraordinaria. Eso hace que haya una primera fase en la cual la pobreza desciende enormemente. Los datos de la CEPAL muestran un descenso claro de la pobreza extrema y de la indigencia, ligado al aumento del gasto social y de los programas sociales que llegan a cubrir, según ese organismo, al 19 por ciento de la población de América Latina. Eso es enorme. Ese contexto, es un momento de apogeo; de crecimiento económico, expansión, etc.; allí, entonces, estos conflictos tenían poca visibilidad. Creo que en 2007, 2008, se abre otra fase, porque los distintos Planes Nacionales de Desarrollo de los distintos gobiernos (progresistas, neoliberales y conservadores) redoblan la apuesta, multiplican los proyectos extractivos, y ahí cobran más visibilidad ciertos conflictos de carácter eco-territoriales.

La primera grieta dentro del consenso progresista la abren las luchas socio-ambientales, de eso no hay duda. Promediando 2012, 2013, ya en la fase de fin de ciclo, se instalan dos críticas más. Una de ellas es que los estudios económicos empiezan a indicar que no hubo cambio de la matriz productiva, sino que hubo un proceso de re-



primarización de la economía. Incluso en un país diversificado económicamente como Brasil, se da lo que Pierre Salama llama la ‘desindustrialización temprana’. Y también aparecen estudios sobre la desigualdad, en la línea de Thomas Piketty, que sobre todo ponen el eje en la concentración de la riqueza; no se basan en el Índice de Gini sino que se centran en las declaraciones de los sectores más poderosos, y muestran que la desigualdad no bajó en América Latina. Pese al gasto social, no se tocó a los sectores más concentrados de la sociedad ni se realizaron reformas tributarias. Ahí empieza a cerrar esa lectura entorno a la caracterización de estos gobiernos como “populistas”, que apelan al pacto social y que han hecho sobre todo una alianza con el capital trasnacional. En casos como Brasil con el capital financiero también, pero en todo caso todos hicieron alianzas con el capital extractivo. Ese es un punto fundamental porque es una crítica económica y social. Se bajó la pobreza, pero no la desigualdad. Y hay una serie de discusiones en torno a eso, el trabajo de Raúl Zibechi y Decio Machado, trabajos de Gabriel Kessler, también de Pierre Salama.

EPS: Más allá de las discusiones socio-ecológicas de estos modelos, mientras los precios de los commodities estuvieron altos alimentaron la fantasía de que podía hacerse una coalición de clase. Esto, en lo económico, veló una degradación de la matriz industrial, de la capacidad de tecnología local, de complejización del aparato productivo; y en lo político, hay dos problemas a los que la izquierda hizo caso omiso: por un lado ¿qué implicancias tiene para un modelo de democracia tener una mirada estadocéntrica asentada en determinados liderazgos?; y por otro, ¿qué implica esto de la inclusión social vía consumo, de la democratización vía consumo?

MS: Eso se resume también en la consigna que el gobierno Petista expandió en todo América Latina, de que habían terminado con 30 millones de pobres, que pasaron a ser clase media vía financiarización y el acceso al consumo. Esto es el modelo que apuntó a la inclusión por consumo y no buscó resolver la distribución de la riqueza y no tocó los intereses de los más poderosos. En algún caso rompió lanzas, pienso en el caso de Venezuela con las expropiaciones; incluso en un momento dado, en Argentina, en el conflicto con los sectores sojeros; pero eran cuestiones que tenían que ver más como un problema “de caja”: había una disputa distributiva, en el contexto de afinidad general con el modelo. Y yo no diría que hubo un deterioro industrial, porque hubo una recuperación de la capacidad ociosa industrial en los primeros años, pero los sectores económicos más dinámicos no estaban en la industria, estaban en los sectores extractivos ligados a megaproyectos. En el caso de Argentina se daba en torno a la soja, después se incluyó también a la mega-minería, posteriormente el sector energético ligado a los no convencionales. Y todo eso fue velado en función de un discurso en torno al desarrollo y la incorporación de los sectores más excluidos. A partir de 2013, con la caída del precio de los commodities casi todos los países latinoamericanos entran en crisis y entran, además, en un déficit de intercambio, sobre todo con China.

Así, lo que veló todo este proceso de crecimiento económico y de apuesta a la exportación de materia primas, es que se estaba gestando una nueva dependencia con un socio comercial a todas luces muy distante de la envergadura de los estados latinoamericanos, que es China. América Latina se convirtió en un escenario en el cual podía verse con claridad el proceso de transición geopolítica, en el que China asumía cada vez más un rol fundamental, sobre todo en los sectores estratégicos ligados al neoextractivismo. Eso también se veló, no hubo discusión. Cuando se quiso abrir la discusión, los defensores del progresismo dijeron que se estaba construyendo una cooperación Sur-Sur, que China era un país “en desarrollo” y que había una posibilidad de apoyarse en China para poder tomar distancia de Estados Unidos. De hecho, fue Chávez



el que promovió activamente desde 2007 la asociación con China, el que más viajes hizo a China; y además, con un discurso que -en clave latinoamericanista-, fomentaba la idea de que se podía instalar una suerte de “regionalismo autónomo desafiante”, como dice Jaime Preciado Coronado. Esto no fue así. La mayoría de los países latinoamericanos terminaron firmando acuerdos bilaterales con China, lejos de articular un bloque común en clave latinoamericana para poder negociar en mejores condiciones. De modo tal que el fin de ciclo nos atrapa no sólo en una crisis fiscal cada vez más importante, sino también ante los marcos una nueva dependencia, gestada al calor del neo-extractivismo y en asociación cada vez más privilegiada con un actor de la talla de China.

EPS: ¿Cómo se insertan en estas discusiones los movimientos eco-territoriales? ¿Qué capacidad han tenido para colocar sus problemáticas en la agenda política general?

MS: Si bien han logrado instalar agenda, hay que ver cada caso, país por país, la repercusión que han tenido. No es lo mismo en Bolivia o en Ecuador (donde los movimientos ambientales, organizaciones indígenas, ONGS con larga trayectoria y colectivos culturales tienen una repercusión importante), que en un país como Argentina, o en Brasil mucho más todavía, donde han tenido grandes dificultades para instalar en la agenda pública las temáticas socio-ambientales. He hablado de giro eco-territorial para dar cuenta de estas luchas, que en el proceso van construyendo un discurso que incorpora elementos más generales, ligados a la crisis socio-ecológico, el rol de las grandes corporaciones, la asociación con el estado. En el giro ecoterritorial confluyen varias narrativas, entre ellas, la indígena, de la mano de la idea de comunidad, el discurso ambientalista y también las demandas feministas. En ese campo común emergen nuevos conceptos-horizontes, como “Bienes Comunes”, “Derechos de la Naturaleza”, “Autonomía”, “Ética del cuidado”, que expresan una nueva tendencia. Yo siempre subrayo -y le digo a mis alumnos- que nosotros estamos leyendo grandes tendencias, lo cual no quiere decir que esto se experimente en todo el campo social.

Lo que hay en la realidad es una amplia diversidad de territorialidades; hay tensiones, hay complejidad, pero hay tendencias y a mí me interesa dar cuenta de ellas, porque efectivamente tienen cada vez más protagonismo y porque además han generado una nueva gramática política, que aspira a otra racionalidad socioambiental, desde la cual han cuestionado la idea tradicional, hegemónica, de desarrollo. Aunque en el marco del Consenso de los commodities, no se abrió la posibilidad de discutir sobre modelos de desarrollo alternativo, o alternativas al desarrollo, pese a ello, en América latina ha habido una revaloración de las economías locales, de las economías social y solidarias, de las experiencias agroecológicas, que son cada vez más importantes en toda la región, aunque también tienen un peso específico desigual según los países.

EPS: ¿Cómo ves ahora esas luchas? ¿Qué balance hacés?

MS: A nivel general, destaco que hay un acervo de experiencias del que es necesario dar cuenta, aún con lo difícil que resulta colocar esta perspectiva en la agenda pública. Cada vez que hablamos de estas cosas siempre tenemos las mismas reacciones del otro lado: siempre tenemos un periodista o un investigador que está más en sintonía con el pensamiento hegemónico, que dice “bueno, pero ¿cuál es la contrapropuesta?”. Y la verdad es que hay mucho reflexionado, y mucho escrito sobre el tema, pero todo eso no se registra. Por supuesto que es difícil, que muy complejo pensar la transición y la salida a estos “modelos de desarrollo” o, más bien, de maldesarrollo, ya que son claramente insustentables. Para eso habría que generar consensos culturales y políticos, que no los hay en este momento. No los hay, partamos de esa base. En todo caso, eran los progresismos los que tenían amplio consenso. Y lo que hicieron estos movimientos sociales, muy



valientes, es que han irrumpido en ese consenso; han cuestionado esa lingua franca, de alguna manera, para desnudar sus efectos y mostrar la dinámica de la desposesión. Estos movimientos lograron colocar ciertos temas en la agenda, hicieron avances, por ejemplo, en el caso de la Argentina, hay siete leyes provinciales que prohíben la mega minería en nuestros territorios, hay una ley nacional de protección de glaciares que es un hito en el mundo también.

En fin, ha habido avances en pos de una nueva institucionalidad ambiental, aunque al mismo tiempo sabemos que son insuficientes. Porque la agenda socioambiental es amplia y vemos ahí que hay grandes problemas y grandes desafíos. Por ejemplo, vemos que hay una fuerte desconexión entre lo que son esas luchas territoriales y lo que, por otro lado, son las luchas sindicales y urbanas en las grandes ciudades. Las luchas ecoterritoriales tiene lugar en pequeñas y medianas ciudades y muchas veces en sectores o áreas marginales mientras que las luchas urbanas y sindicales tienen lugar en las grandes ciudades; casi no hay conexión entre eso. Ha habido un gran esfuerzo por conectar esos lenguajes o esas narrativas políticas, pero hoy lo que tenemos -en el caso de la Argentina- son diferentes líneas de acumulación de luchas políticas con conexiones tímidas entre ellas.

Esto, además, se da en un momento muy difícil, en el cual la derecha claramente cercena derechos sociales, empobrece a la población, destruye empleos. Ahora no sólo tenemos más desigualdad, sino más pobreza. Hay una continuidad y profundización en el marco del neoextractivismo, pero no hay ninguna duda de que hay una ruptura en términos de políticas sociales y económicas. En este escenario, uno de los riesgos es que las problemáticas más ligadas a la cuestión socioecológica y a los impactos en los territorios sean desdibujadas o subalternizadas en el marco de una lucha que se dice común, pero que coloca como único tema el empleo, salario, las políticas sociales. Digamos, una vuelta a pensar la tradicional contradicción capital vs. trabajo, como única contradicción, que relegue o desconozca la contradicción capital vs. naturaleza (Lo que señalo James O'Connor como "segunda contradicción"), es un problema. Si ya instalar estos temas en un contexto de resarcimiento económico, imagínense ahora, en un contexto de empobrecimiento generalizado, y de amplitud de la brecha de desigualdad; es mucho más complicado.

EPS: Entonces, en definitiva, estamos ante un escenario mucho más sombrío, sobre todo, para los movimientos populares en general.

MS: Sí, efectivamente. Sobre todo, si tenemos en cuenta que, en todos los países latinoamericanos, el Consenso de los Commodities, desde mi perspectiva, es algo que se prolonga. Y se prolonga a través de la multiplicación de la explotación de los bienes naturales y de una profundización, en términos de flexibilización ambiental. Aquello que se logró avanzar, en materia de una nueva normativa ambiental, todo eso retrocede o tiende a retroceder, en el marco de esta nueva avanzada del capital. Si en el ciclo progresista lo que señalamos era esta contradicción entre la expansión de las fronteras de derechos sociales (inclusive de derechos ambientales e indígenas -no hay que olvidar ni pasar por alto todo lo que nuestras bellas constituciones tienen en ese sentido) frente a, por otro lado, la expansión de la frontera del capital, ahora lo que tenemos es la disolución de esa contradicción, pero porque se abandonó por completo el lenguaje de los derechos. Hoy en día, lo que vemos en el marco de la derechización de los gobiernos, es que se desdibuja la frontera de derechos, y por el contrario, se promueve abiertamente el lenguaje de los mercados. En este marco, de empobrecimiento general de la población y de incremento de la desigualdad, en el que se promueve unilateralmente la expansión del capital, es



muy complicado contraponer la protesta socioambiental, poner en cuestión nociones hegemónicas como la de “progreso”, “desarrollo”.

Aun así, de todas maneras, yo creo que 15 años no han pasado en vano y que esas líneas de acumulación de luchas expresadas en diferentes movimientos sociales hacen oír su voz, no es lo mismo, que en el 2003 o el 2008. Hay líneas de acumulación socioterritorial y laboral, que tienen mayor capacidad de escucha a ese tipo de demandas. Sin embargo, lejos de la interseccionalidad, acá lo que se opera es una suerte de subalternización del conflicto socioambiental, sobre todo en las grandes ciudades. Acá, una cuestión fundamental -sobre todo si lo pensamos en función del caso argentino- es el nuevo protagonismo que han tomado los movimientos socioterritoriales urbanos, que demanda planes sociales; son herederos del movimiento piquetero, que irrumpen con una narrativa muy plebeya, como en tiempos pasados. Me refiero a experiencias como la CTEP, Movimiento Evita, la Corriente Clasista y Combativa; vuelven a tener protagonismo dado el empobrecimiento; se siente el impacto del ajuste en las condiciones de vida, pero en un contexto también diferente, porque en el 2003 no teníamos problemas con el narcotráfico ni con bandas criminales, que ahora están incrustadas en nuestra sociedad.

Los progresismos, en general, han intentado minimizar el avance del narcotráfico y su inmersión en los sectores populares; y los que lo padecen son efectivamente los sectores populares: y hoy lo que vemos es que los sectores de narcotráfico están disputando territorialidad e inclusive compiten en la construcción de la subjetividad, frente a las organizaciones sociales. Con esto quiero decir que los problemas que afrontan los sectores populares, las organizaciones territoriales urbanas no son sólo en torno al trabajo y los ingresos. Ha habido una transformación de la subjetividad en los sectores populares y una penetración mayor de la economía criminal en nuestras sociedades. Esto también es un gran tema, que está por fuera del horizonte de nuestras problemáticas socioambientales, pero que es fundamental abordar, ¿no?

En ese balance, no podemos dejar de lado la irrupción de los feminismos. Claro, no cabe duda del protagonismo femenino en las luchas socioambientales; han tenido una gran vitalidad, aquí en Argentina, en Bolivia, Ecuador, en Colombia; hay una gran presencia de mujeres y hay toda una reflexión sobre el peso de los feminismos populares en las luchas contra el neoextractivismo en América Latina. Pero también es cierto que, en los últimos 3 años, hay un nuevo protagonismo feminista, con otros matices y fuerzas. Por ejemplo, en nuestro país el movimiento de “Ni una menos”, y luego, la movilización a favor del proyecto de ley por el aborto legal, lograron instalar una nueva narrativa claramente anti patriarcal, que cuestiona al estado y a la sociedad machista; y eso es novedoso. En la niñas o jóvenes casi niñas, hay un cuestionamiento de fondo al patriarcado; la cuestión de la autonomía en los cuerpos, es algo que no se discute. Si bien yo no lo extrapolaría a otras sociedades latinoamericanas, hay una nueva radicalidad en la discusión de movimientos feministas que es alentadora.

En definitiva, estamos en una sociedad mucho más compleja, donde frente a un panorama realmente adverso, existe una línea de acumulación socioambiental, que corre el riesgo de ser marginalizada; existe una línea de acumulación sindical -que creo que no tiene una narrativa novedosa, que es anti-neoliberal-; hay también una narrativa plebeya popular, que recoge la tradición del movimiento piquetero; y hay una nueva narrativa feminista, anti-patriarcal. Todas ellas, divididas, o con escasos puentes entre sí. En estos últimos tiempos, ha tenido mayor visibilidad la narrativa feminista, pero sin duda también van a recobrar visibilidad en el escenario de las protestas los movimientos socioterritoriales



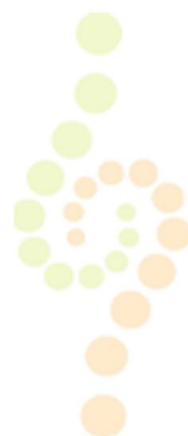
y las organizaciones sindicales de todo tipo. De hecho, ya está sucediendo: hoy tenemos seis o siete protestas por semanas masivas en Buenos Aires.

EPS: Parece difícil, en este escenario, hacer un balance del ciclo progresista en términos de democratización sustantiva, de poder popular, ¿no? Emerge como un aspecto bastante problemático el vínculo entre movimientos sociales y gobiernos progresistas... Ciertas lecturas asocian esta fragmentación a la polarización en buena medida inducida: o son estos progresismos o es la derecha. ¿Cómo lo ves?

MS: Bueno, a ver, los populismos proceden de un modelo de incorporación de los movimientos sociales que es histórico, que es un modelo de subordinación de los movimientos sociales al líder, un modelo de control y tutelaje estatal. Este ciclo siguió ese derrotero.

Pongamos el ejemplo de Bolivia, que es el más emblemático, Bolivia se caracterizó por presentar un escenario en 2006 que daba cuenta de un gran empoderamiento de organizaciones sociales, indígenas, territoriales, urbanas y rurales, con niveles de autonomía muy grandes, estos movimientos, este conglomerado de movimientos sociales, coincidió en 2003 en una agenda común, que fue la Agenda de Octubre, en la cual se postulaban dos cosas, primero la nacionalización del gas y segundo la asamblea constituyente. Esa asamblea, que debió ser la expresión del nuevo pacto fundacional, que efectivamente sancionó una constitución muy interesante, de transición al estado plurinacional, también expresó de alguna manera, el pasaje al empoderamiento del MAS, por sobre las organizaciones. Nosotros, con dos colegas más, Pablo Stefanoni y Bruno Fornillo, lo analizamos bien en el libro de "Debatir Bolivia", donde hicimos una serie de entrevistas a intelectuales que estaban involucrados muy directamente con el gobierno. Ahí, algunos analizan ese proceso más que como empoderamiento del MAS, como una expropiación. Por otro lado, Luis Tapia habla de la expropiación de las fuerzas, de la energía social colectiva, que pasó de las organizaciones al líder. Es una historia que se repite; pasó con el peronismo y muchos otros casos; y también ahora, con Evo Morales, que fue consolidando cada vez más poder, fue perdiendo su capital simbólico, que estaba ligado al capital ético, casos de corrupción empezaron a surgir, también. Por otro lado, comenzaron a hacerse negocios en el marco del consenso de los commodities y comenzó a crecer también una burguesía aymara, con otra idea que no estaba apuntando a la autonomía sino a un mayor crecimiento económico y posibilidades de exportación. El gobierno fomentó el agronegocio, con lo cual hizo una alianza con los sectores de la oligarquía del Oriente. En fin, fueron cambiando las alianzas ahí y también se fue instalando la centralidad del liderazgo de Evo Morales. En ese marco queda muy poco lugar para la autonomía de los movimientos sociales. La subalternización es tan clara que muchos movimientos y organizaciones sociales hoy en día están casi al servicio de lograr la re-reelección de Evo Morales, forzando en ese sentido la propia Constitución boliviana, y hasta la propia voluntad popular que se expresó en febrero de 2015, en un referéndum que dijo NO a la re-reelección. Pero como dijimos, es una suerte de deriva clásica de los populismos. Hoy el proceso de Bolivia se ha transformado en un caso de populismo puro en clave latinoamericana; por eso los llamo populismo de alta intensidad, muy similar a los casos de Venezuela, de Ecuador, de Argentina. Los movimientos fueron dando paso a hiper-liderazgos. En Argentina hubo sectores autonomistas que pasaron a ser fervorosos kirchneristas; Todo eso debería llamarnos a un examen.

EPS: Da la impresión que en la auto-afirmación de estos hiper-liderazgos, la polarización con ejemplares más extremos de la derecha ha sido funcional, o hasta algún punto se lo ha tomado así, donde las figuras de un Macri o de un Bolsonaro, se esgrimen



para apoyar el regreso del Kirchnerismo o la indulgencia del PT. Quedamos como atrapados en opciones trágicas...

MS: Bien lo has dicho: es una agenda de opciones trágicas. De hecho, ya lo padecemos en Argentina en el 2015. En ese momento, el gobierno encontró que la binarización de la política lo favorecía y profundizó la polarización. Pero a la vez, hay que aclarar que esto es una cuestión muy propia de los populismos. Los populismos se estructuran en base a esquemas binarios, amigo/enemigo, y a través de una retórica agresiva. Después, se empodera al supuesto enemigo. A veces, crean el enemigo, lo fortalecen. Cuando uno piensa en el caso argentino, queda atrapado en la binarización de la política. En ese contexto, las izquierdas pierden y las opciones que se buscaron construir, inclusive, desde el centro izquierda, todas perecieron, al calor de los progresismos, que monopolizaron ese espacio, porque, además, supieron construir, del otro lado, un solo adversario. Los binarismos dejan muy poco lugar para construir otras opciones, con lo cual, efectivamente, tenemos el final del ciclo progresista, no de los progresismos realmente existentes. Hoy hay una binarización de la política que no da lugar a otras opciones; con lo cual, la crisis de los progresismos también se transforma en la crisis de todas las izquierdas. Nos toca a todos. Nos toca a nosotros, sin duda, y la dificultad de construir nuevos espacios nos interpela también a nosotros. No es solamente la crisis de los progresistas.

EPS: Esta polarización ha atravesado también el campo cultural en general y el mundo académico en particular, no? ¿Podemos decir que ha puesto en crisis el propio pensamiento crítico, la tradición del pensamiento crítico en América Latina y hasta lo que se entiende propiamente como 'pensamiento crítico'?

MS: Es una pregunta también difícil de sintetizar en pocas palabras. Pero, lo hemos padecido durante todos estos años, porque, efectivamente, se abrió una brecha en el pensamiento crítico. En los '90 estábamos todos de acuerdo: éramos todo antineoliberales. Pero, al calor de los progresismos, devenidos populistas, las incomodidades fueron cada vez mayores y los posicionamientos cada vez más discrepantes. En esa línea, yo creo que hubo un sector de la izquierda latinoamericana que buscó apropiarse del pensamiento crítico y que terminó avalando la continuidad de los gobiernos progresistas, a como sea, en nombre del peligro de la derecha. Inclusive, se configuró casi como comisariado político dentro del pensamiento latinoamericano, identificando el pensamiento crítico como una sola línea, por ejemplo, CLACSO, que fomentó un alineamiento directo con los gobiernos progresistas y casi no permitió expresión de disidencia. Entonces, para CLACSO, con Pablo Gentili a la cabeza, el pensamiento crítico son los políticos: Lula, Cristina, Dilma, Mujica, Pablo Iglesias.... ¿A dónde hemos llegado? ¿Quiénes representan el pensamiento crítico? No son los movimientos sociales, tampoco los intelectuales, o más bien, sólo los que están alineados con esos políticos...

Esto dejó muy poco espacio para la expresión de las disidencias; se fue fosilizando y dando lugar a una visión dogmática clásica que después se expresó a cabalidad con el apoyo acrítico a los gobiernos, y también en las reacciones a las declaraciones públicas que hicimos con un grupo de intelectuales, primero, criticando la deriva autoritaria de García Linera, que amenazó con el cierre a cuatro ONG's bolivianas, porque habían dado informes que cuestionaban la política económica del gobierno. Segundo, y tuvo mayor repercusión: hicimos una declaración el año pasado, en 2017, que criticó al gobierno de Maduro, que suscitó, de inmediato, una contrarrespuesta alineada en favor de Maduro que buscó expulsarnos del mapa de las izquierdas por haber criticado a Maduro, gobierno efectivamente autoritario, cuyas derivas son alarmantes. Y recibimos acusaciones



muy duras: éramos “cómplices del imperialismo” y poco más “estábamos pidiendo la intervención de Venezuela”... Entonces, es difícil discutir en esos términos.

También sucedió con Nicaragua, aunque en menor medida, porque Nicaragua no suscita las mismas adhesiones que Venezuela. Cuando criticamos la deriva autoritaria del proceso venezolano, sabíamos que estábamos tocando un lugar central del imaginario político de las izquierdas. Hoy en día, hay muchos movimientos y organizaciones sociales que se identifican con lo que fue el ideal bolivariano anti-imperialista y la construcción de poder popular. Sabíamos que estábamos tocando el núcleo duro, pero no imaginamos respuestas tan virulentas.

En fin, todas esas discusiones que no son retóricas ni son banales tienen, además, procesos políticos por detrás. Mostraron, en definitiva, una gran debilidad del pensamiento de las izquierdas, una gran debilidad para construir una posición crítica, por pararse frente a los gobiernos y proponer otras vías. Vimos entonces una suerte de enamoramiento de ciertos intelectuales, una romantización de ciertos procesos, fuera el bolivariano o el boliviano. Todavía hay una suerte de romantización de ese proceso que niega, de hecho, esta dinámica de concentración del poder en manos de Evo Morales o que, en todo caso, la justifica. Más que negarla, la justifica.

Y creo que es difícil que se vuelvan a cerrar esas brechas que se abrieron en el pensamiento latinoamericano. En términos teóricos, uno tiende a pensar, cada vez que uno se acerca a sectores que fueron rabiosamente progresistas, que en un contexto tan regresivo y de embestida de la derecha, podemos hacer alianzas en común. Pero las heridas son tan grandes y la falta de balance crítico por parte de sectores progresistas es tan evidente, que dificulta cualquier diálogo. Yo creo que puede haber diálogo y que debería haberlo, entre todas estas izquierdas, pero, para ello es necesario hacer balance autocrítico, ellos y nosotros, todos.

Yo no tengo duda de que, si las izquierdas tienen posibilidad de reconstruirse en América Latina, tienen, o tenemos, que incorporar dos elementos claves: uno es la crítica socioecológica, el lenguaje ecologista, y el otro es la crítica al patriarcado. No hay posibilidad de reconstruir las izquierdas en América Latina si estos dos elementos no están en el centro del dispositivo. En realidad, la pluralidad viene de la mano de esos dos elementos; por supuesto, con justicia social. De eso no hay ninguna duda. Esos dos objetivos hacen más difícil construir un espacio plural de diálogo entre las izquierdas. Yo no veo, todavía, que las izquierdas progresistas, que ya no son tan izquierdas –son más bien populismo-, abran a la posibilidad de incorporar estas dimensiones que para mí son constitutivas de la izquierda que se viene. Si hay izquierda posible, ella no puede no ser ecologista y antipatriarcal.

